

LA TIERRA ROJA. UN PASEO POR TORRE DE LAS ARCAS Y PEÑARROYAS.

Teresa Gamarra

Reportaje fotográfico: JAP



Cancionero popular:

Si te casas en la Torre
tendrás una gran fortuna:
irás por agua a la fuente
a caballo en una burra
En la Torre manda el Puerto,
en Peñarroyas el Grabiél,
en Montalbán manda el Marzo,
p`acabarla de joder.



Una excursión desde Andorra en la que no tenemos un trayecto largo en coche y en la que podemos disfrutar de un paseo por el campo es fácil. Desde allí se llega enseguida al Maestrazgo o al Matarraña, pero la que se propone aquí es más desconocida y tiene como punto central el rodano o la piedra arenisca roja tan característica de algunas zonas de la provincia como la Sierra de Albarracín o de una parte del Parque Cultural del Río Martín, la que corresponde a Torre de las Arcas y a Peñarroyas.

De Andorra a Torre de las Arcas hay 53 kms. que se recorren en unos cuarenta minutos. Tenemos que salir a Alcorisa y allí continuar por la carretera general en dirección a Montalbán hasta Castel de Cabra donde, a la derecha, se toma el desvío. Las primeras masas de rodano aparecen pronto, algo alejadas de la carretera, cuando se ha recorrido aproximadamente 1 km. Es una partida llamada Barranco del Infierno, el principio de la formación arenisca que, paralela a la carretera, recorreremos cuando lleguemos al pueblo.

Aunque la pista que lleva a Peñarroyas está un poco más adelante, es mejor continuar hasta Torre de las Arcas, ya que el pequeño núcleo urbano nos ofrece algunas sorpresas y desde él podemos recorrer a pie llano al menos una parte de la tierra roja.

El primer indicio de que estamos llegando al pueblo es la torre mudéjar de la iglesia, reconstruida en fecha reciente, así como la Iglesia Parroquial, que, a partir de entonces, ofrece tres espacios distintos: el de culto, un salón social y una terraza. El conjunto merece ser recorrido despacio. *(La llave la tiene Luz)*

Desde la Plaza Mayor, por la calle del Almudín, se llega al castillo y allí se puede contemplar un ancho paisaje que nos explica muy bien su carácter de fortaleza. Por un lado, el barranco, por el otro la carretera y, finalmente, las eras y el río Cabra. Si bajamos por éstas, llegamos hasta los restos de un viejo molino de piedra que es la puerta a un descenso por el río que nos lleva hasta Obón por desfiladeros y estrechos y que tiene que ser motivo de una excursión específica en la que hay que tomar precauciones en cuanto a vestido y calzado, así como en llevar una hoz o una herramienta que permita cortar la maleza que se ha apoderado de algunas de las partes del río.

Desde el molino es hora de volver atrás y ver el Centro de Interpretación de la Naturaleza que, en Torre de las Arcas, está dedicado a la Botánica, pero que también podría estarlo a las aves, ya que en las primeras horas de la mañana y al atardecer, especialmente en primavera, podemos escuchar el canto de multitud de pájaros que anidan en los chopos de la ribera.

El paseo hasta el otro molino, situado río arriba, nos va a adentrar en la tierra roja, así que podemos volver al breve núcleo urbano y buscar la ermita de la Virgen de la Huerta, el punto de partida. El principio es un camino ancho que un poco más adelante se convierte en calleja y que nos lleva otra vez al río, que podemos cruzar saltando por las piedras que nos dan paso. Poco a poco el paisaje se estrecha y la tierra va cambiando de color hasta convertirse en roja y en roca. Las huellas del aire y del agua en las paredes del estrecho y la abundante vegetación compuesta de romeros, tomillos, brezos, carrascas, enebros y pinos, así como el rumor del agua nos acercan al lado amable de la naturaleza, en especial en primavera o en otoño.



La Iglesia]

La Iglesia Parroquial era un espacio enorme en el que el hundimiento de la cubierta provocó su abandono. El antiguo trinquete pasó, por unos años, a convertirse en el lugar de culto. Sin embargo, hubo dinero para arreglar el estropicio. Primero fue el saneamiento y reconstrucción de la

torre, luego, hace ocho años, el de la Iglesia. Ante el costo de la obra, se optó por una solución arquitectónica imaginativa que, en vista de los resultados, es excelente. Se dividió la antigua construcción en tres espacios distintos. En el frontal, el lugar de culto y en los laterales, conservando todo lo posible, un salón en la planta baja y en la superior, una terraza abierta a la que se accede por un pequeño parque. Así pues, tenemos en este momento en el pueblo un espacio que dimos durante unos años por perdido y en el que, en la actualidad, podemos reunirnos o celebrar actos de cualquier tipo.

Un pequeño embalse de piedra a la derecha y una mirada al fondo nos indican que estamos cerca del molino y de su chopera. A estas alturas del camino, no muy largo, nos queda llegar allí y continuar un poco más adelante para poder admirar cómo, de repente, se abre el espacio casi en círculo de rodano.

Sólo para ecologistas: desde allí es fácil llegar al acebo, la joya. Pero como hay algún que otro depredador, no doy más pistas. Es hora de volver atrás, al molino, y, según los ánimos, nos encontramos ante dos posibilidades: volver por donde hemos venido o comenzar a ascender la pista paralela al Barranco Cepero que, al final, nos llevará a la carretera o, si seguimos, una vez arriba, a la derecha, a las ruinas de un corral de



ganado desde el que podemos contemplar, en lo alto, los pinos y los montes y pisar una tierra en la que los enebros y las carrascas adquieren formas caprichosas dirigidas por el sol y el aire.

Las rocas dan asiento en el que descansar un poco. Cuando decidamos continuar, merece la pena seguir en la dirección que llevábamos, la derecha. Así podemos volver al pueblo a través del pinar, pero, en el caso de que estemos un poco desorientados, vamos al camino que hemos dejado en lo alto y que nos conduce a la carretera que nos lleva a Torre de las Arcas.

Ninguno de estos trayectos es largo, pero todos sumados hacen que estemos acercándonos a la hora de comer y todavía nos queda Peñarroyas.

La pista que mejores condiciones presenta es la que se encuentra a un par de kilómetros antes de la salida a la carretera general en Castel de Cabra, a la derecha y después de haber dejado los pinares. Hay una señal que lo indica, pero también un chopo solitario y los restos de una masía. Primero se bordea un campo, luego un pequeño pinar desde el que se ve Martín del Río al fondo. La pista es tan alta que, abajo, en el otro lado, se ve la carretera que baja a Montalbán, desde donde se puede acceder por carretera a la localidad pedánea de Peñarroyas. Nosotros, poco a poco volvemos a entrar en pinares, ya de repoblación. Todo el camino es de bajada y pronto veremos Peñarroyas en el valle del río y el anillo de roca arenisca que lo circunda.

Una vez que lleguemos al río Martín, tenemos que dejar el coche, ya que no es posible entrar con él en el pueblo.

El paseo tradicional consiste en atravesar el núcleo urbano y las eras para llegar a los Pozos Bolletes, a escasa distancia del pueblo. Es corto, pero la observación de las



estrechas calles, los restos de la arquitectura tradicional en los arcos de las ventanas, en las puertas y en los colores de las fachadas demoran nuestro recorrido por el lugar. El caudal del río Martín y una menor altitud hacen que la huerta y los frutales sean el principal cultivo agrícola, como se puede ver claramente al cruzar las eras, tan pequeñas en comparación con las de Torre de las Arcas, aunque éstas, bien conservadas, especialmente los pajares, consiguen que reconstruyamos mejor el proceso de la trilla del cereal.

Desde allí nos dirigimos a los Pozos, aunque antes están las lascas de piedra con pinturas rupestres, que constituyen una curiosidad más en el camino. La bajada es suave y el estrecho de piedra roja y los pozos con abundante agua nos ofrecen un descanso

que, en un día caluroso, nos deja refrescarnos un poco.

A lo mejor hemos pensado comer en el campo. Éste es un buen lugar para hacerlo: el estrecho, el agua, las formas caprichosas de las rocas, un poco de hierba para sentarnos,...

En el caso de que no sea así, si se llama al bar de Peñarroyas con tiempo, quizás allí preparen comida de campo, tortilla, carne asada, etc, pero a cubierto. En Montalbán bares y restaurantes ofrecen comida "convencional".

Nos queda otra posibilidad, los pinares, donde tendidos en una manta al sol en primavera u otoño o, en verano, a la sombra, podemos continuar disfrutando de un día tranquilo en unos lugares en los que a cambio de despoblación encontramos una naturaleza que vuelve a ocupar lo que el esfuerzo humano le arrebató.

Por eso, a lo mejor nos apetece volver atrás, especialmente al corral que hemos dejado en lo alto del molino. Se llama el paraje Corral del tío Román y es un buen lugar para ver y sentir el monte. ▀

Otro itinerario]

Esta excursión es una de las posibles y la que uno puede ir desde el segundo a Obón por las Muelas, aunque, en este caso, tenemos que movernos con un todoterreno y tomar la dirección de los Vilarells. Desde Torre de las Arcas a Peñarroyas se puede bajar campo a través por un par de sitios: por el camino viejo a Montalbán o por la fuente del Cañuelo. En el caso de que se quiera hacer esta bajada, es conveniente tener un coche de apoyo en Peñarroyas, ya que la cuesta arriba, de vuelta, se hace trabajosa. Sin embargo, los muy andariegos, pueden hacer el camino de bajada y subida por pinares y barrancos, aunque, en ese caso debemos pensar en hacer sólo ese camino en un día. Es conveniente un pequeño mapa que nos oriente, aunque la mejor indicación es a la derecha y en bajada desde el primero de los pueblos.